

## UNO

Helga Crane estaba sola en su habitación, que a esa hora, las ocho de la tarde, se encontraba sumida en una suave penumbra. Una única lámpara de mesa, amortiguada por una enorme pantalla roja y negra, arrojaba un charco de luz a la alfombra china de color azul, a las lustrosas cubiertas de los libros que había bajado de sus largas estanterías, a las abiertas páginas blancas del volumen elegido, al reluciente cuenco de cobre lleno de capuchinas de variados colores de la mesita que tenía a su lado y a la seda oriental que cubría el escabel en el que reposaba sus pies delgados. Era una habitación confortable, amueblada con un gusto curioso y muy personal, e inundada del sol sureño durante el día, aunque en aquel momento estaba oscurecida, con las cortinas corridas y una única luz matizada. Era también espaciosa, tanto que la parte ocupada por Helga resultaba un pequeño oasis en un desierto de oscuridad; e inquietantemente silenciosa. Pero así le gustaba a ella después de un día de trabajo abrumador en las intensas clases a las que se entregaba con gusto, sin reservas y, en apariencia, sin recompensa alguna. Le encantaban la tranquilidad y el silencio después de la irritación y las tensiones que suponían las largas horas transcurridas entre los compañeros de una escuela en la que predominaban el chismorreo y la falta de consideración, y después de la extrema rigidez de conducta que requería

el enorme claustro de profesores, del que ella era una pieza insignificante. Aquel era su descanso, su deliberado aislamiento durante un breve periodo de la tarde, su ratito en la agradable habitación, con sus libros. A esa hora, cuando llamaban a la puerta otros profesores para contarle un escándalo reciente, pedirle información o algún favor más concreto, o solo para charlar, Helga Crane nunca abría.

Un observador ajeno la habría considerado bien encajada en aquel marco de luz y sombra. Una joven esbelta de veintidós años, de hombros estrechos y algo caídos, brazos y piernas finos, aunque bien torneados, que, no obstante, irradiaba salud y naturalidad. Vestida con un *négligé* verde y dorado, calzada con unas chinelas de brillante brocado, hundida en la butaca de respaldo alto, sobre cuyo tapizado oscuro se perfilaba con claridad su rostro de corte afilado y cutis oliváceo y sedoso, resultaba —por utilizar un término trillado— atractiva. Las cejas negras y muy anchas sobre unos ojos de mirar dulce y aun así oscuros y penetrantes, y una boca bonita, cuyos labios suspicaces y sensuales expresaban un cierto malhumor y una ligera mueca de insatisfacción, hubieran sido los rasgos que habrían llamado la atención del observador. Sin embargo, tenía también una nariz correcta, unas orejas delicadamente dibujadas y una abundante melena rizada, de un negro casi azulado, siempre suelta de un modo tan caprichoso como encantador, que en aquel momento le caía espontáneamente por la cara hasta los hombros.

Allí sentada, Helga Crane intentaba no pensar ni en su trabajo ni en la escuela. Ya desde su llegada a Naxos se había empeñado en salvar el final del día de la intrusión de molestias y pensamientos irritantes. Por lo general lo lograba, pero no era así aquella tarde. De

los libros que había sacado de su lugar eligió *Saïd the Fisherman*, de Marmaduke Pickthall.<sup>28</sup> Quería olvidarse de todo, relajar la mente por completo y no pensar, porque la jornada había estado más llena de encuentros desagradables y mezquindades absurdas que otras veces. El calor sofocante de la primavera sureña la había dejado extrañamente cansada y un poco débil; y, más que los restantes acontecimientos, le había fastidiado el asunto aquel del mediodía, que ahora volvía a su mente excitada.

Ella contaba con unos minutos libres para disfrutar de un baño placentero y un refrescante cambio de ropa, pero le habían recortado el tiempo para comer, como a todos los demás, e, inmediatamente después de engullir a toda prisa una comida pesada y todavía demasiado caliente, los varios centenares de profesores y estudiantes se vieron conducidos a la capilla abrasada por el sol para oír los comentarios superficiales, paternalistas e incluso ofensivos de uno de los predicadores blancos más famosos del estado.

Helga se estremeció un poco al recordar algunas afirmaciones que el bendito blanco entregado a Dios había hecho ante los negros que con tanto respeto se sentaban frente a él.

Aquella, les había dicho con un patente orgullo regional, era la mejor escuela para negros del país, tanto del Norte como del Sur; de hecho, superaba incluso a muchas de las grandes escuelas para niños blancos. Y había retado a todos los habitantes del Norte para que vinieran al Sur y, después de visitar de arriba abajo esta

---

<sup>28</sup> Marmaduke Pickthall (1875-1936), hijo de un clérigo de Suffolk. Viajero y orientalista, publicó en 1903 su novela sobre las aventuras del pícaro Saïd por el mundo islámico.

gran institución, se atrevieran a decir que los sureños maltrataban a los negros. Y había dicho también que, si todos los negros imitaran el ejemplo de Naxos y se comportaran como los productos de su educación, no existiría el problema racial, porque los negros de Naxos sabían lo que se esperaba de ellos. Los negros de Naxos tenían sentido común y buen gusto. Sabían ocupar su puesto, lo cual, afirmaba el predicador, demostraba lo segundo. Habló de su enorme admiración por la raza negra, pues ninguna otra había hecho tantos progresos en tan poco tiempo, pero los instó urgentemente a distinguir dónde y cuándo detenerse. Esperaba, y lo esperaba de veras, que no se volvieran avariciosos y mezquinos, que no pensarán solo en aumentar sus bienes terrenales, porque eso sería pecado a los ojos de Dios Todopoderoso. Y entonces había hablado de saber contentarse, embelleciendo sus palabras con citas bíblicas y recalcando que tenían el deber de estar satisfechos con la situación que se les había asignado de leñadores y aguadores.<sup>29</sup> Luego se había puesto a rezar.

Sentada en su habitación, muchas horas después, Helga volvía a sentir una oleada de rabia y un enfado desbordante, que cedía el puesto al asombro cada vez que recordaba el aplauso cerrado que había recibido el orador justo antes de invocar la bendición de Dios para todos ellos.

El Sur. Naxos. La educación de los negros. De pronto los detestaba a todos. Y era raro, porque si algo había

---

<sup>29</sup> Génesis 9, 20-27; 10, 6-20. Se refiere a la maldición que pesó sobre Cam, hijo de Noé, por haberse burlado de la desnudez de su padre ebrio, según la cual toda su descendencia estaría formada por siervos. Los defensores de la esclavitud aprovecharon el relato bíblico para justificarla.

deseado con todas sus fuerzas había sido participar, formar parte de aquel monumento al genio y a la idea de un hombre.<sup>30</sup> Convencida de que en su estado de ánimo ni siquiera las audaces fechorías de Saïd podrían interesarle, apartó el libro y, como necesitaba una oscuridad aún más sedante, rodeó la bombilla con un trozo de papel por debajo de la pantalla. Deseaba que hubiera vacaciones para irse algún tiempo.

—¡No, para siempre! —dijo en voz alta.

Los minutos sumaron horas, pero ella continuaba sentada e inmóvil. Una sonrisa desdeñosa y un ceño de disgusto le cruzaban de vez en cuando el rostro. En un lugar de la habitación, un relojito marcaba el paso del tiempo. En un lugar del exterior se lamentaba un atajacaminos. La tarde moría. Se levantó una brisa que introdujo el dulce olor a flores tempranas del Sur y separó de repente los finos visillos de seda de las ventanas abiertas. Un jarrón liviano y frágil cayó del alféizar y fue a estrellarse contra el suelo con un tintineo, pero Helga Crane no se movió. La noche se hacía más fresca y más oscura.

Al fin se agitó, sin mucho convencimiento, pero con un irresistible deseo de actividad. Dudó un instante antes de levantarse de golpe y pulsar con firmeza el interruptor. El cuarto quedó súbitamente inundado del blanco resplandor de la luz. Enseguida inició un recorrido rápido y nervioso hasta el final de la larga habitación, con una parada momentánea en el escritorio antiguo de patas curvas que sostenía con una protesta casi articulada los papeles y los libros manoseados de su

---

<sup>30</sup> Probable alusión a Booker T. Washington, que fundó en 1881 el Instituto de Tuskegee, en Alabama. En sus inicios se trataba de un centro para la formación de profesores destinados a educar a los esclavos liberados.

instrumental de profesora. Helga Crane agarró todo el montón llena de furia y, violenta y despectivamente, lo arrojó a la papelera, donde solo entró una parte. El resto se desparramó por el suelo. Sonrió con ironía, porque aquel desorden le recordaba su empeño en inculcar el saber en la cabeza de sus indiferentes alumnos.

Sí, era igual. Solo unas cuantas ideas de las que ella pretendía introducir en la mente de los desconcertados rostros de ébano, bronce y oro alcanzaban su destino. Las demás se dispersaban. Y, como en el caso de la vistosa e indiferente papelera, la culpa no era de ellos. No, la culpa no era del cerebro que ocultaban los rostros de variados colores, sino más bien del método, de la idea general que sostenía el sistema. Igual que su lanzamiento precipitado a la papelera, el objetivo era malo, y el material, precario y poco apropiado para cumplir su finalidad.

La gran comunidad, pensó, había dejado de ser una escuela para convertirse en una máquina; una atracción turística en pleno cinturón negro;<sup>31</sup> ejemplo de la magnanimidad de los blancos y demostración de la ineficacia de los negros. Estaba desvitalizada. Helga llegó a la conclusión de que no era más que una enorme cuchilla de bordes muy afilados que todo lo cortaba cruelmente, sin miramientos y siguiendo un solo patrón: el del hombre blanco. Tanto los alumnos como los profesores estaban sometidos a ese proceso de igualación, porque allí las innovaciones y los individualismos no se toleraban. Se rechazaban las ideas, y a todo aquel que tenía la temeridad de proponer algo o incluso de expresar humildemente un desacuerdo se le miraba

---

<sup>31</sup> Situado en el llamado «profundo Sur» y compuesto por varios estados, está densamente poblado por afroamericanos. En el caso de Nueva York se refiere, naturalmente, a Harlem.

con abierta antipatía. El entusiasmo, la espontaneidad, si no se suprimían de un modo efectivo, se deploraban a las claras por considerarse características impropias de señores. Era un lugar pagado de sí mismo, lleno de autocomplacencia.

Un rasgo de fría irracionalidad que se había ido acumulando en su carácter, según el cual todos los valores se distorsionaban o dejaban de existir, había sacudido con sorprendente violencia los baluartes de la contención que, curiosamente, también formaba parte de la naturaleza de Helga. Y, ahora que había desaparecido con la misma rapidez con la que apareció, ella volvía a sonreír, y esta vez su sonrisa dejaba traslucir un cierto humor capaz de borrar la sombra de dureza que le había petrificado el hermoso rostro. Apaciguada por la impetuosa descarga de rabia, soltó un suspiro de alivio.

—Bueno, ya está bien —dijo en voz alta, tranquila y desapasionadamente.

Después de apagar el molesto resplandor de las luces del techo, volvió a su asiento y se dejó caer con un gesto repentino de suave desplome, como una persona que ha estado luchando contra el demonio durante varios meses y de un modo imprevisto cambia de idea y acepta sus propuestas.

Helga Crane llevaba casi dos años dando clases en Naxos, al principio con el placer y la alegría vehemente de la gente inmadura que sueña con hacer el bien a sus semejantes, pero el placer se había desvanecido poco a poco para dar paso a una profunda aversión por la trivial hipocresía y la maliciosa desconsideración que, quizá de un modo inconsciente, formaban parte de la política de enaltecimiento racial que se practicaba en Naxos. Pese a todo, no solo había continuado enseñando, sino también tratando de ayudar a los niños de cantos alegres, cuya

gracia y personalidad iba a destruir la escuela, de eso no le cabía la menor duda. Instintivamente se daba cuenta de que las sonrisas de sumisión de los niños ocultaban muchas penas profundas y tal vez mucha rebeldía secreta contra sus profesores, pero ella no podía hacer nada. En Naxos era tan grande el abismo entre maestro y alumno, entre la autoridad paternalista y el resentimiento latente, que muy pocos habían intentado salvarlo. Para una sola profesora comprensiva resultaba imposible. Era inútil que ella les ofreciera su átomo de amistad, porque en esas condiciones ni lo deseaban ni lo comprendían.

La atmósfera que reinaba en Naxos, con su intolerante santurronería y su aversión a la diferencia, no era el mejor medio para una joven bonita y solitaria, sin relaciones familiares. La personalidad esencialmente amable y encantadora de Helga se empañaba. Hacía mucho tiempo que ella lo sabía. Ahora afrontaba con determinación la otra verdad que se había negado a formular en sus pensamientos: su total incapacidad no solo para enseñar, sino incluso para vivir en Naxos. Allí era un fracaso. Ahora reconocía que había sido absurdo obstinarse tanto. Un fracaso. Así que ni era necesario ni tenía sentido prolongarlo. De pronto experimentó la urgencia de una marcha inmediata. «¡Qué bien estaría irse ahora, esta misma noche!», pensó. Pero arrugó el entrecejo al recordar que iba a resultarle imposible.

—Los administradores —se dijo en voz alta— no están en los despachos. Además, habrá que cumplimentar montañas enteras de papeleo.

Y habría que decírselo a James Vayle y recibir el imprescindible dinero. Pensó que a James sería mejor comunicárselo enseguida. Miró el reloj, que continuaba indiferente su carrera. No, demasiado tarde. Tenía que esperar a mañana.

Le daba rabia admitir que el dinero era el problema más grave. Aun reconociendo su importancia, se rebelaba ante la incontestable verdad de que podía influir en sus actos y levantar obstáculos contra sus deseos. Una necesidad mezquina que debía resolver. Helga creía de un modo casi supersticioso que concederle la importancia que tenía magnificaba el poder del dinero. Con todo, y pese al fastidio y a la desgana, si quería abandonar Naxos con la urgencia del momento, no le quedaba más remedio que afrontar su situación financiera y planificarse.

La mayor parte de sus ingresos se habían ido en ropa, en libros y en amueblar su habitación. Durante toda su vida, Helga Crane había amado y deseado las cosas bonitas. En efecto: si algo la desprestigiaba en Naxos era esa pasión, ese anhelo de belleza; «orgullo» y «vanidad», como lo llamaban sus detractores.

La cantidad que le debía la escuela sería poco más de lo necesario para comprar el billete de vuelta a Chicago, y el fin del curso escolar estaba demasiado cerca para buscar un puesto de profesora en otra parte. Si no encontraba nada, tendría que pedirle un préstamo al tío Peter. Helga sabía que el tío Peter era el único pariente que tenía para ella un pensamiento amable o, al menos, sereno. Ni remotamente podía contar con su padrastro, sus hermanastros y sus hermanastras, como tampoco con sus numerosos primos, sus tías y sus otros tíos. Soltó una risita de desprecio al pensar que la aversión era mutua o quizá algo más profunda por su parte. Ellos la temían y la detestaban. Ella los despreciaba, y hasta le inspiraban lástima. El tío Peter era otra cosa. A pesar de su carácter despegado, la quería. La madre de Helga, tan hermosa como infeliz, había sido su hermana preferida. Aun así, Helga sabía que, más que por afecto o

por un recuerdo cariñoso, estaría dispuesto a echarle una mano para confirmar su archisabida convicción de que ella no llegaría nunca a nada debido a su sangre negra. Esta seguridad, que en su actual estado de ánimo le parecía una verdad indiscutible, la enfadaba terriblemente. Pensaba en el tío Peter con un sentimiento casi vengativo, pese a la generosidad que él había demostrado siempre y pese a que ella tenía la clara intención de pedirle ayuda. «Una mendiga —pensó con desconuelo— no puede elegir».

Volviendo a James Vayle, sus pensamientos adoptaron la frialdad de una determinación absoluta. La resolución de poner fin a la estancia en Naxos rompería sin remedio la relación con él. Estaba comprometida con James desde el primer semestre, cuando los dos empezaban a trabajar allí y se encontraban solos. Hablando del trabajo y de los problemas de adaptación, se habían dejado arrastrar a una relación más íntima. Pensó con amargura que él había encajado la situación con rapidez y con una facilidad absoluta. Estaba completamente «naturalizado», como lo llamaban ellos entre risas. Helga, por su parte, jamás había adoptado el inconfundible sello de Naxos, y jamás lo adoptaría, por más que se esforzara. No conseguía conformarse, pero tampoco ser feliz con su inconformismo. Ahora lo veía con toda claridad, y sentía una rabia sorda contra los inútiles esfuerzos pasados. ¡Qué pérdida de tiempo! Los magros resultados de su lucha durante aquellos primeros meses eran patéticos. Algo había fallado. Ella siempre lo achacaba a una falta de entendimiento por parte de la comunidad, pero en su actual estado de rebeldía comprendía que también era culpa suya. Una falta de sumisión. En realidad, se había negado a ceder. El pensamiento la avergonzó y, paradójicamente, le

causó una desilusión. Era evidente que había en ella cosas de las que no podía enorgullecerse. El revelador retrato de sus esfuerzos pasados resultaba muy humillante, como si hubiera planeado robar algo feo que en el fondo no deseaba, y la hubieran descubierto.

Visualizó con ironía el malestar de James Vayle. ¡Cuánto le había molestado a él su inadaptación! Helga barruntaba que era esa la causa de que James hubiera aceptado con tanta rapidez su propuesta de prolongar el noviazgo más de lo proyectado en un principio. En Naxos se le quería y se le aceptaba, y él aborrecía la idea de casarse con una mujer incapaz de conquistar el aprecio y la aprobación de los demás. Helga comprendía de un modo instintivo que, en su fuero interno, James le echaba la culpa. ¡Y con cuánta razón! Aunque continuara prodigándole sus atenciones, lo cierto era que su actitud con ella había ido cambiando poco a poco. A él le gustaba Naxos, y ahora se encontraba bien con ese estilo de vida. Ya no estaba solo, pertenecía a una comunidad y ni quería ni necesitaba analizar sus asuntos y sus fracasos con una extraña. Helga no podía decir por qué estaba tan segura, pero se sabía un elemento perturbador. Tampoco ignoraba que había algo que a James le atraía, algo ante lo que él se sentía impotente. La idea de serle necesaria solo por un motivo innombrable casi la avergonzaba. Aun así, la muda impotencia del hombre ante la atracción ancestral con que ella lo mantenía atado le gustaba, la halagaba, le daba una sensación de poder. Al mismo tiempo aborrecía la idea, porque de un modo inconsciente se daba cuenta de que no podía prever las consecuencias.

El análisis de sus sentimientos se le resistía, pero, al afrontarlos con sinceridad, dejando a un lado todo fingimiento, tuvo la sospecha de que predominaba el

alivio. Al menos no lamentaba que a partir de mañana dejara de tener algún ascendiente sobre él. Solo le fastidiaba la certeza de que el encuentro iba a ser conflictivo, porque ella carecía de talento para discutir y, siempre que era posible, prefería la huida. Nada más.

La familia de James Vayle, en la cercana Atlanta, se pondría contenta. Nunca les había gustado el noviazgo y nunca les había gustado Helga Crane. Su propia carencia de familia los desconcertaba. Ninguna familia, ese era el quid de la cuestión. Para Helga, eso lo explicaba todo, tanto su fracaso en Naxos como su anterior soledad en Nashville y hasta su noviazgo con James. La sociedad negra, ya lo había aprendido, era tan complicada y estaba tan rígidamente estratificada como las clases más altas de la sociedad blanca. Si no eras capaz de demostrar tu ascendencia y tus relaciones, te toleraban, pero no te dejaban «pertenecer». Podías ser una persona rara o incluso atractiva, o mala, o inteligente, o podías amar la belleza o cualquier otro disparate si eras una Rankin, una Leslie o una Scoville; en otras palabras, si tenías una familia. Pero, si no eras más que una Helga Crane, de la que nadie había oído hablar nunca, resultaba pretencioso por tu parte aspirar a ser algo más que una persona discreta y dócil.

Abandonar a James Vayle equivaldría con toda seguridad a un suicidio social, porque los Vayle eran gente distinguida. El hecho de que se tratara de una de las «primeras familias» había sido uno de los atractivos de James para la humilde Helga. Ella quería una posición social, pero no había imaginado que resultara tan asfixiante.

Hizo un gesto de impaciencia y se levantó. Al ponerse de pie, la habitación empezó a dar vueltas de un modo endiablado, odioso. De pronto, los objetos fami-

liares le parecían tristemente lejanos. La debilidad hizo presa en ella como una mordaza. Vaciló, y sus manos menudas se agarraron a los brazos de la butaca buscando apoyo, pero el desmayo cedió enseguida y, en su lugar, a Helga le quedó un gran enfado por la mala pasada que acababa de jugarle la tensión nerviosa. Descansó un momento y corrió a meterse en la cama, dejando la habitación desordenada por primera vez en su vida.

Los libros y los papeles esparcidos por el suelo, y las delicadas medias, la ropa interior y el sorprendente *négligé* verde y dorado tirados por el escabel y las sillas fueron lo primero que vieron los asombrados ojos de la muchacha que entró por la mañana a despertar a Helga Crane.

## DOS

Al día siguiente no se despertó recuperada, sino con esa aprensión casi terrorífica que es típica de las Navidades o de las mañanas de cumpleaños. Durante un buen rato se quedó acostada y perpleja bajo los haces dorados que el sol derramaba entre las cortinas amarillas. Entonces volvió con el pensamiento a la noche anterior. Había decidido dejar Naxos. Eso era.

De inmediato comenzó a reflexionar sobre su decisión, y al reexaminarla con franqueza y sinceridad no sintió el menor deseo de cambiarla. Sin embargo..., le pareció inoportuna. Por mucho que deseara sacudirse de los zapatos el polvo de aquel lugar para siempre, comprendía que iba a representar un problema. El papeleo, James Vayle, el dinero, otro trabajo. Muy a pesar suyo, reconoció que sería bastante mejor esperar a junio, cuando terminara el año escolar. En realidad, no faltaba tanto. La mitad de marzo, abril, mayo y algo de junio. Seguro que podría soportarlo después de haber aguantado las mismas condiciones durante casi dos años. Poniéndole voluntad, su voluntad, podía hacerse.

Pero la reflexión, aunque sensata y oportuna, no la convenció. Quedarse le parecía demasiado duro. ¿Sería capaz? ¿Era posible en el actual estado de rebeldía de sus emociones? La desagradable sensación de estar batallando contra un antagonista formidable, desconocido, innominado la asustó. De pronto se dio cuenta de que

la escuela, sus costumbres o los recatados idiotas que trabajaban allí no eran las únicas cosas que la oprimían. Había algo más, una fuerza más cruel, una característica íntima que la frustraba, que la había frustrado siempre, porque le había impedido conseguir las cosas que había deseado, que aún deseaba.

Pero, en concreto, ¿cuáles eran sus deseos? Excepcionalmente la seguridad material, una vida placentera, un montón de vestidos bonitos y una buena cantidad de envidia y de admiración, Helga Crane no habría sabido qué decir. Sin embargo, no se le escapaba que existía algo más. La felicidad, supuso. Fuera lo que fuera. Porque ¿qué era en concreto la felicidad? Desde luego, la deseaba, pero no podía concretarla en nada tangible. No sabía definirla, aislarla y contemplarla como hacía con otras abstracciones. El odio, por ejemplo, o la amabilidad.

El sonido estridente de una campanilla dentro del edificio le devolvió la violenta indignación de la noche pasada y confirmó su ya vacilante determinación.

Siguiendo una larga costumbre, los pies de color galleta se escurrieron mecánicamente de las sábanas con el primer toque de la antipática campanilla, pero, poco a poco, la dueña volvió a meterlos dentro. Su fría cólera se desvaneció al pensar que ya daba igual que no apareciera en el desayuno monótono y aborrecible que le proporcionaba la escuela como parte del salario.

Desde el pasillo, al otro lado de su puerta, le llegaba una mezcolanza de los ruidos típicos que hacían las numerosas alumnas al salir de la cama y prepararse para la jornada todas al mismo tiempo: risitas tontas, fragmentos ininteligibles de una conversación divertida, el lejano gorgoteo del agua que corre, las pisadas de chinelas, un canto bajito, unas bienintencionadas reco-

mendaciones de darse prisa, portazos, golpes de varios objetos desconocidos y, de repente, un silencio anticipador del desastre.

Helga escondió la cabeza bajo las sábanas con la vana esperanza de no oír lo que sabía que iba a ocupar aquel silencio tan elocuente, la voz chillona y sarcástica de la supervisora del dormitorio colectivo, como así fue.

—¡Bueno! Aunque procedáis todas de familias que no os han enseñado buenos modales, podríais fingir que sois capaces de aprender algo aquí, ahora que tenéis la oportunidad. ¿Quién ha dado el portazo en el baño? Silencio.

—Está bien, no contestéis. Es de mala educación, como sabéis todas, pero no esperaba otra cosa, porque ninguna de vosotras es capaz de decir la verdad. Ahora espabilaos. No quiero enterarme de que alguna haya llegado tarde al desayuno, porque, si me entero, el sábado habrá trabajo extra para todo el mundo. Y, por favor, tratad de comportaros como señoritas y no como salvajes de los barrios bajos.

Al otro lado de la puerta, Helga se preguntaba si a la enjuta señorita MacGooden no se le ocurriría alguna vez que la mayor parte de sus pupilas procedían, efectivamente, de los barrios bajos. Hacía poco que la señorita MacGooden, carente de sentido del humor, estirada y fea, con un cutis que parecía cuero reseco, había presumido de ser toda una «señora» procedente de una de las mejores familias. Un tío suyo fue congresista en la época de la Reconstrucción.<sup>32</sup> Por eso, pensaba

---

<sup>32</sup> Recibe ese nombre el periodo de la historia estadounidense posterior a la guerra de Secesión. Durante la Reconstrucción, que duró de 1865 a 1877, se produjeron la unificación del país y el fin de la esclavitud de la población negra del Sur.

Helga, no comprendía que animarlas a comportarse como señoras con la aspereza de su propio ejemplo resultaba, en el mejor de los casos, un poco negativo. A propósito del «señorío» de la MacGooden, Helga sonrió al recordar uno de los motivos que aducía para no haberse casado, cosa que ni siquiera había intentado jamás. El estado matrimonial tenía ciertos aspectos que, según le habían dado a entender, eran demasiado repulsivos para que una señora de naturaleza sensible y delicada se plegara a ellos.

Pronto volvieron los portazos enérgicos, señal de que la fugaz imagen de la señorita MacGooden se evaporaba de la corta memoria de las señoras en formación. De nuevo, casi con naturalidad, comenzaron los preparativos para absorber la dosis diaria de ciencia.

—¡Ya está bien! —dijo Helga, saltando de la cama.

Se dirigió a la ventana y se quedó mirando a la multitud de estudiantes que afluía a la enorme explanada cuadrangular desde los seis grandes dormitorios colectivos, que flanqueaban de dos en dos tres de sus lados, para acabar agrupándose en falanges claramente dispuestas para la marcha en orden militar hasta el miserable desayuno del Jones Hall, situado en el cuarto lado. Aquí y allá, un miembro masculino de la escuela, con la importancia y el lustre que proporciona el uniforme de un oficial del ejército, abandonaba las cabriolas y el pavoneo para, de un empujón, devolver a su puesto o a la disciplina a un estudiante descuidado o transgresor. Las nutridas falanges, aumentando en tamaño y número, oscurecían el pavimento, la tierra que quedaba al aire y el césped. Todo alrededor reinaba un silencio deprimente, casi tético, hasta que, con una horrible brusquedad, la banda que estaba a la espera atacó *The Star-Spangled*

*Banner*.<sup>33</sup> Comenzó el paso de la oca. Derecha, izquierda; izquierda, derecha. ¡Adelante! ¡Marchen! Los autómatas se movieron. Los cuadrados se dividieron en grupos de cuatro, de dos, y desaparecieron tras las abismales puertas del Jones Hall. En cuanto entró la última pareja de la formación, se cerró el portalón. Unos cuantos infelices que llegaban con retraso, aparentemente descorazonados, tiraron con escasa convicción de los pomos para descubrir, como sin duda esperaban, que las puertas estaban cerradas, y se dieron la vuelta con resignación.

Helga Crane se apartó de la ventana, y una sombra oscureció la pálida belleza ambarina de su rostro. Eran ya las siete. A las doce, los chicos que hubieran llegado por casualidad no más de uno o dos minutos tarde recibirían su primera comida después de cinco horas de trabajo y de supuesta educación. Disciplina, lo llamaban.

Se oyeron unos golpecitos en su puerta.

—Adelante —invitó Helga con escaso entusiasmo.

La puerta se abrió y entró Margaret Creighton, otra profesora del departamento de inglés, la más afín a ella de todo el cuerpo docente de Naxos. Helga tenía la sensación de que Margaret la apreciaba.

Al ver a su compañera todavía en camisón, sentada en el borde de la cama entre un montón de cojines, balanceando perezosamente una chinela enganchada a los dedos del pie desnudo, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, Margaret exclamó preocupada:

—Helga Crane, ¿sabes qué horas son? ¡Hace mucho que dieron las siete y media! Los estudiantes...

—Sí, ya lo sé —dijo Helga desafiante—. Los estudiantes están saliendo del desayuno. Bueno, pues deja

---

<sup>33</sup> Himno nacional de los Estados Unidos de América.

que salgan. Por mi parte, Margaret Creighton, ojalá conociera un modo de mantenerlos siempre lejos de esa bazofia envenenada que les arrojan, sí, literalmente, como si fuera comida. Pobrecillos.

Margaret se echó a reír.

—Es un sentimiento absurdo, Helga, y tú lo sabes. Pero no has desayunado. Jim Vayle ha preguntado si estás mala, y, claro, nadie sabía nada. Como tú nunca le cuentas a nadie nada tuyo... He dicho que venía a verte.

—Te lo agradezco mucho —respondió Helga con indiferencia. Observaba la luz del sol, que disolvía su naranja intenso en un amarillo pálido y avanzaba lentamente por la habitación, desvaneciendo a su paso las sombras de la mañana. No le interesaba lo que decía la otra.

—Si no te das prisa, llegarás tarde a tu primera clase. ¿Te ayudo? —ofreció una Margaret algo indecisa. Helga le daba un poco de miedo, como a casi todos.

—No, pero te lo agradezco igual. —Enseguida añadió en un tono más cariñoso—: Lo digo de verdad, Margaret, mil veces gracias, te estoy muy agradecida, pero..., verás, el caso es que no voy a llegar tarde a mi clase porque no pienso ir ni por asomo.

La visitante, que, de pie contra la pared de color gamuza, resaltaba como un viejo nogal, dirigió una rápida mirada a Helga. Era evidente que la intrigaba, pero, sin perder la seriedad, se limitó a decir:

—¡Ah! Entonces estás mal.

Había algo en Helga que quitaba las ganas de preguntar.

No, no estaba mal. No físicamente. Estaba solo asqueada, harta de Naxos, si eso podía considerarse una enfermedad. La verdad era que había decidido marcharse. Y ese mismo día. Ya no soportaba tener ninguna

relación con un sitio lleno de vergüenza, mentiras, hipocresía, crueldad, servilismo y pretensiones sociales.

—Tendrían que cerrarla por ley —concluyó.

—Pero, Helga, no puedes marcharte ahora, en pleno trimestre...

La bondadosa Margaret estaba angustiada.

—Sí que puedo, y me voy. Hoy mismo.

—No te lo permitirán —profetizó Margaret.

—No pueden detenerme. Todos los días hay trenes que salen de aquí con destino a la civilización. Solo se necesita dinero —observó Helga.

—Ya, claro, eso lo sabemos todos. Pero lo que quiero decir es que te vas a perjudicar. Si te marchas así, a estas alturas del curso, no te darán referencias. Te pondrán en la lista negra, y será muy difícil que encuentres otro empleo en la enseñanza. Naxos tiene una enorme influencia en todo el Sur. Es mejor que esperes a que cierre la escuela.

—¡Dios me guarde de volver a trabajar en el Sur! ¡Lo detesto! —respondió Helga apasionadamente.

Luego se mantuvo en silencio, preguntándose por enésima vez qué tipo de vanidad inducía a una mujer inteligente como Margaret Creighton a convertir lo que con toda seguridad eran unos bonitos rizos naturales, adecuados a su delicada piel oscura y a la agradable redondez de sus facciones, en una repugnante masa aliada y grasienta.

Levantando la mirada de su reloj, Margaret dijo:

—Bueno, o me doy prisa, o seré yo la que llegue tarde. Y como me quedo... Piénsalo bien, Helga. Tú sabes que no existe nada como Naxos. Buenos sueldos, habitaciones decentes, abundancia de hombres y de todo lo demás. Hasta luego.

La puerta se cerró a su espalda.

Pero al momento se abrió de nuevo. Margaret volvía.

—Me gustaría que te quedaras. Es bonito tenerte aquí, Helga. Todos lo pensamos, incluso los más muertos. Necesitamos algún ornamento que alegre nuestra triste vida. —Y volvió a desaparecer.

Helga no se movió. Había dejado de importarle lo que pensarán de ella en Naxos. Ya estaba cautivada por el sabor picante de la partida. Automáticamente, ajustó con los dedos los cojines chinoscos del canapé que le servía también de cama. Solo pensaba en los planes de su marcha. Equipaje, dinero, trenes y... ¿Podría comprar una litera?